

El tablón y la ebanista- Román García (Búho)

La madera estaba viva. Todos pensaban que era un trozo inerte compuesto de vetas roídas por el inquebrantable pasar del tiempo, pero no era así. El tablón taciturno se movía todos los días y agrietaba su cuerpo, clamando al cielo que estaba vivo y que no podría ser ignorado durante mucho más tiempo. Fue la extrema sensibilidad de una ebanista la que percibió la fuerza muda de la materia. Ella abrazó con cariño su forma y su vida sin prejuicios ni hostilidades, con el único objetivo de entender qué extraña fuerza residía en su interior.

Las ondulantes formas de la madera la cautivaron hasta tal punto que pasaba los días en ayunas mirando absorta las sinuosas carreteras que en sus surcos se dibujaban, queriendo descubrir los enigmas que en ella se encontraban. Fascinante. Un día, por fin, la libertad apareció y los violines lloraron de alegría vibrando sus cuerdas como hasta entonces nunca lo habían hecho. La ebanista salió al mundo a mostrarle su descubrimiento con el rostro iluminado por el conocimiento más puro. Los senderos eran confusos pero no la meta a alcanzar en ellos. Ésta era tan nítida como la vista del águila de la montaña que es reina de los cielos y de la tierra. El amor entre la mujer y la madera era ya único.

La ebanista fue una visionaria, al igual que el tablón estaba lleno de vida, simplemente debía ser mirado por el prisma correcto.